

AMADO ALONSO, LERINÉS ILUSTRE*

TOMÁS YERRO VILLANUEVA

Figura tan importante como injustamente olvidada e incluso desconocida por sus paisanos, Amado Alonso es, sin duda, el lerinés que ha alcanzado una mayor proyección universal. He creído oportuno darlo a conocer ahora -¡qué tarde!-, aprovechando la oportunidad que me brindan nuestras fiestas patronales en honor de Nuestra Señora de la Asunción, fechas en las que nos interesa más que nunca lo que nos es propio, y ¿qué más nuestro que un hijo predilecto de la villa? No pretendo hacer una biografía exhaustiva de Amado Alonso, pues no es éste el momento más oportuno para ello; me limitaré a trazar los hechos más destacados de su vida y a revisar, someramente, su personalidad científica.

Hijo de Wenceslao y Clementa, Amado Alonso nace en Lerín en 1896. Realizados sus estudios de Enseñanza Media, se traslada al que iba a ser, para toda su vida, su principal campo de acción: la universidad. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid hace sus primeras armas como universitario y, sin concluir la carrera todavía, entra como colaborador del Instituto de Estudios Históricos, a las órdenes del insigne maestro Ramón Menéndez Pidal.

Durante los años 1922 al 1924 vive en Alemania, donde enseña español en Hamburgo. Casa con una bellísima dama inglesa, Joan.

En 1927, a propuesta de Menéndez Pidal, es designado para ocupar un puesto de gran responsabilidad en la República Argentina: el de director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Alonso, después de su marcha a Hispanoamérica, solamente realizará breves visitas a España. En 1927, cuando Amado llega al Plata, cuenta con una buena y fina labor científica, pero escasa aún. Van transcurriendo los años 1927 y 1928, y el Instituto de Filología de Buenos Aires no parece dar señales de vida en lo que a actividad científica se refiere, y así se lo hacen saber a Amado en sueltos venenosos publicados en

* Al Consejo de Redacción de *Cauce* le ha parecido interesante rescatar este significativo artículo de un lerinés, publicado en Lerín en 1973.

periódicos de la nación: “Qué ocurre con el Instituto de Filología? ¿Cómo allí no se publica nada? “Qué hace el “galleguito” [Amado Alonso] que han traído para dirigirlo?”. La respuesta a tan benévolas preguntas fue creciente, invasora: en 1930 salía el primer tomo de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana; en 1931 se inaugura la Colección de Estudios Indigenistas; en 1932, la Colección de Estudios Estilísticos. Diecisiete tomos en total, y en muchos de ellos interviene el doctor Alonso, ya como autor, ya como traductor, ya como prologuista o anotador. En 1939 surge, dirigida por él, la *Revista de Filología Hispánica*, de la que se publicaron ocho volúmenes.

La vitalidad de Amado Alonso se entrega a la obra y a los discípulos, y su generosidad congrega en torno a él y al Instituto de Filología a un brillante y numeroso grupo de investigadores. Y por lo que toca a su obra personal científica, en las mejores revistas de filología van quedando las huellas de su producción: en la de *Filología Española*, en la de *Filología Hispánica*, en la *Revue de Linguistique Romane*, en *Volkstum und Kultur der Romanen*...

Mientras tanto, en Buenos Aires, aparte la labor centrada en el Instituto, aún le quedaban arrestos para dirigir, en la Editorial Losada, una biblioteca de “Filosofía y teoría del lenguaje”, con la que difunde los sistemas de los principales lingüistas contemporáneos. Y en la otra vertiente, en la literatura, publica ya en libro, ya en artículo, críticas magistrales de poetas nuevos. Su nombre ha subido rápidamente en la Argentina durante esos años y ya se ha convertido en un hito cultural del país. Otro aspecto destacado de su labor en Buenos Aires lo constituyen sus campañas en defensa de nuestra lengua, cuestión que trataré con más detenimiento al hablar de sus obras.

En fin, el año 1946 Amado Alonso abandona, por mandato del general Perón, la dirección del Instituto de Filología de Buenos Aires. La gran Universidad de Harvard le abre sus puertas y le da en propiedad quizá la mejor cátedra de español de los Estados Unidos. El núcleo de discípulos bonaerenses, fidelísimamente, se dispersa: casi todos estaban ya en plena madurez científica y hoy enseñan en universidades instaladas en toda América. Con la salida de Argentina, la revista tuvo que trasladarse a Méjico (acogida por el “Colegio de México”); mejor dicho, salió ahora como diferente: *Nueva Revista de Filología Hispánica* (se publica desde 1947). El formato sigue siendo el mismo de la antigua; la calidad, óptima, como en aquélla. Y ahora, en su cátedra de Harvard, rodeado también de discípulos, pero sin los apremios del maremágnum porteño, con una estupenda biblioteca al lado (como dato curioso diré que dicha

biblioteca posee más de cinco millones de volúmenes), se adensa la obra estrictamente científica, de la que con largos artículos había ido dando estupendos avances. Amado Alonso muere el 26 de mayo de 1952 en Arlington (Massachusetts).

Estos fueron sus hechos externos, pero ¿y su personalidad humana? Si su aspecto físico era cautivador, de “grave hermosura varonil” -al decir de su amigo entrañable Dámaso Alonso-, su rica personalidad humana lo superaba con creces. Cuantos lo conocieron hablan de su simpatía, de su cordialidad y, sobre todo, de “ese agrado de la amistad atrayente y sincera” (Menéndez Pidal). El mismo maestro Menéndez Pidal se refiere a su discípulo haciéndose eco de las “altas dotes de saber y de organización”. María Rosa Lida, una de las alumnas más importantes de la escuela de Amado Alonso, dice de él refiriéndose a su labor como maestro: “Así ha creado él, por el ejemplo de su generosa hombría, esa amistad de trabajo y colaboración de que nosotros, sus alumnos del Instituto de Filología, nos ufamamos, esa familia filológica, para decirlo un poco en broma y un mucho con grande orgullo”. La misma señora Lida de Malkiel continúa hablando de sus dotes científicas: “...filólogo, en el antiguo sentido de la palabra, de un amante de las letras, de un espíritu abierto a toda sollicitación espiritual, y con el temple esencial del hombre de ciencia: intuición fina, firme razonamiento, examen infatigable de cada dato”.

Pero Amado Alonso, como si no fuese ya suficiente lo que había hecho en vida, nos da la justa valía de su persona con su muerte. Desde el año 1950 al 1952, su vida, afectada por un cáncer, constituye para nosotros el más eficaz de los ejemplos. Poseedor de una firme voluntad, no se deja vencer por la enfermedad en ningún momento. Desde la cama continúa escribiendo, bien puliendo una obra ya finalizada o luchando denodadamente por concluir la que había sido el sueño de toda su vida, la *Historia de la Pronunciación Española*, que quedará inconclusa. El gran filólogo, y también gran hombre Rafael Lapesa, recogerá de labios del doctor Alonso -cuando éste ya no pueda escribir- las últimas instrucciones acerca del plan de la obra, sus partes, su sentido. Da muestra también de una fe inquebrantable en Dios en sus últimos días, cuando ya la muerte está próxima, pero todavía alumbrada en él una llama de esperanza. Oigamos sus propias palabras, pronunciadas tres meses antes de su muerte: “...mis fuerzas me alcanzan para leer unas horas, pero con la pluma sólo puedo firmar. Con esta enfermedad tan larga y traicionera hay que estar dispuesto a todo, pero tengo mucha esperanza en Dios que me ha de sacar adelante. Y así, como si de segu-

ro hubiera de poder volver a mis libros, hago mis planes...". En la tierra, al menos, esos planes quedarían truncados por la muerte.

Un comentario digno de la bibliografía de Amado Alonso por fuerza habría de ser extensísimo, tal vez fatigoso, y, por consiguiente, inoportuno en estos instantes. Sólo daré una visión de conjunto de su labor científica, haciendo hincapié especial en sus obras más significativas. Amado Alonso reúne en sí mismo una doble vocación, la de lingüística y la de crítico literario, la de filólogo, en suma. Como buen discípulo de Menéndez Pidal, y éste, a su vez, de la escuela neogramática alemana de finales del siglo XIX, Alonso se adscribe, lingüísticamente, a la corriente que conocemos por el nombre de historicismo. En esta línea se insertan obras como la citada *Historia de la Pronunciación Española, Estudios lingüísticos. Temas españoles, Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos* y los numerosos artículos sueltos (algunos casi libros) y monografías publicados en las revistas antes citadas. Pero Amado Alonso es algo más que un mero lingüista historicista de orientación exclusivamente diacrónica: su preocupación alcanza también, y en gran medida, al presente y al futuro de nuestro idioma castellano. Prueba de ello son sus Gramáticas.

Por otra parte, su hispanismo, "que él defendió dentro de los más austeros principios históricos y doctrinales, contra apasionadas corrientes adversas que operan sobre el suelo de la Península y sobre el de América" (Menéndez Pidal), ocupó gran parte de su quehacer científico. *Castellano, español, idioma nacional* es obra que repasa los nombres que ha recibido nuestro idioma a través de los tiempos, dándonos con ello una visión justa del sentido espiritual de cada uno de ellos y de su respectiva época histórica. Libros admirables representativos de su hispanismo son *El problema de la lengua en América y La Argentina y la nivelación del idioma*. En estas obras, Amado Alonso defiende con cautela, pero con entereza, la unidad del idioma castellano en un lugar -Buenos Aires- donde la fragmentación era más visible. Pronto se convierte el doctor Alonso en el campeón de la unidad lingüística. Conoce el problema muy a fondo: sabe que no se resuelve queriendo imponer el meridiano de Madrid, que no tiene solución salvo si los hispanohablantes salimos a encontrarnos en un punto medio. El sistema es triangular: sus vértices son Buenos Aires, Méjico y Madrid. Es imposible evitar los localismos; hay que mantener la unidad a base de una lengua común, cuya imagen es el lenguaje literario.

En el terreno más propiamente literario, su obra más representativa es *Materia y Forma en poesía*. Recoge, en tres sustanciosos ensayos

(“Carta a Alfonso Reyes sobre la estilística”, “El ideal clásico de la forma poética” y “La interpretación estilística de los textos literarios”), sus teorías sobre el fenómeno literario, concebido con un enfoque extraordinariamente amplio, y sobre la crítica literaria, para la que recaba la necesidad de la utilización de lo biográfico y del estudio de las fuentes, y cuyo objetivo no es otro que revivir el goce del artista al crear la obra literaria.

Dichas teorías se aplican de un modo extraordinariamente certero -no sólo en esta obra- en sus estudios sobre autores de distintas épocas, tales como Fray Luis de León, Cervantes, Lope de Vega, Valle-Inclán, Jorge Guillén, Federico García Lorca y tantos otros; por no citar ese libro maravilloso que es *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, cuyas páginas, puede decirse sin exageración, constituyen lo más lúcido y brillante que sobre crítica literaria (en este caso sobre un moderno poeta surrealista) se ha escrito jamás en lengua española.

Es cierto que la obra de Amado Alonso, considerada en su conjunto, por su misma naturaleza -investigación lingüística y crítica literaria-, forzosamente ha de ser minoritaria. Pero esto no obsta para que de él haya podido decir la antes nombrada M^a Rosa Lida: “todo el que estudie español, lengua o literatura, en Europa o América, como alumno o como profesor, tiene qué recurrir a esos trabajos” (los de Amado Alonso). No es poco el elogio.

Esta fue la vida y la obra de un hombre ejemplar, de un científico de categoría universal. Es una pena que sus paisanos no lo recuerden como se merece. Ni siquiera el nombre de una calle recoge en Lerín el del que fue uno de sus hijos más ilustres. Ya que a todos no les es posible tributar a Amado Alonso el más justo homenaje, o sea, la lectura de sus obras, bástenos, al menos, con guardar de él, con su conocimiento (que no otra ha sido la intención del que esto suscribe), el mejor de los recuerdos.